

EL TALLER Y LA LITERATURA

EDUARDO ANTONIO PARRA

En los años que corren, cuando un lector o lectora joven siente “el llamado de la vocación literaria”, es decir, la necesidad de convertirse en alguien que escribe y publica, no faltará quien le aconseje que, para lograrlo, lo más conveniente es ingresar en un taller literario. ¿Un taller literario?, se preguntará tal vez, ¿y qué es eso? Imagino la respuesta: un lugar donde te enseñan a ser escritor, donde critican tus textos con el fin de que los mejores, te pulen el lenguaje, te enseñan técnicas y estructuras, y algunos de los secretos del oficio. ¿Y dónde se puede encontrar uno de esos? Ahora, en cualquier parte: en internet se anuncian por cientos, casi todas las casas de cultura de las ciudades y los pueblos tienen uno o varios, y hartos escritores se promueven a sí mismos como “talleristas”; basta con contactarse, inscribirse y ponerse a trabajar. Así de fácil... Antes, hace apenas poco más de medio siglo, no era lo mismo. Existían algunos talleres, claro, pero no en cantidades tan ingentes como los de hoy; y tal vez resultaba un poco más complicado ser aceptado en uno de ellos. El del maestro Juan José Arreola, por

ejemplo, al que asistieron jóvenes aspirantes a literatos como Gerardo de la Torre y José Agustín, entre otros que, obvio, concretaron sus ambiciones y se convirtieron en autores reconocidos por el público y la crítica, a diferencia de otros que no se sabe qué fue de ellos.

La multiplicación de los talleres literarios parece haberse dado en México a partir de la década del setenta del siglo pasado, por iniciativa del INBA. El instituto eligió a algunos autores, jóvenes en ese entonces, pero probados por sus publicaciones, para enviarlos como “misioneros” a algunas ciudades de provincia –especies de “centros de acopio” a donde acudían aspirantes de poblaciones cercanas– con la consigna, no solo de ubicar a los mejores en el oficio y ayudarlos a mejorar sus escritos por medio de la crítica colectiva, sino de enseñar, a los que tuvieran aptitudes, a ser talleristas ellos mismos en sus lugares de origen. La iniciativa rindió los frutos esperados y los integrantes de esos primeros grupos fundaron a su vez talleres en sus propias ciudades, con lo que el ejercicio del oficio literario cundió a lo largo y ancho del país, aunque en ciertas zonas más rápido que en otras.

Sin embargo, a pesar de que la nueva situación ofrecía a los escritores experimentados una fuente de trabajo que podía complementar su economía por lo regular exigua, hubo cierta resistencia por parte de ellos ante la proliferación de estos laboratorios para principiantes. ¿Servían de algo en realidad? ¿Es posible “enseñar a escribir” a cualquiera? ¿La profusión de este tipo de instituciones ayudaría a elevar el nivel de la literatura mexicana?, fueron algunas de las preguntas que comenzaron a formularse por allá de mediados de los ochenta, al grado de que se desataron polémicas al respecto en revistas



Renacer 2 por Cora Díaz / Fragmento en duotono
Óleo sobre tela / 500 x 120 cm / 2010
Fotografía: Roberto Ortiz Giacomán

y suplementos periodísticos, hubo mesas redondas donde se discutía el tema y, por supuesto, señalamientos que tachaban de “oportunistas” a muchos escritores de medio pelo que no tardaron en abrir el suyo.

Recuerdo en especial una mesa redonda que se llevó a cabo en Monterrey, en el *lobby* del Teatro de la Ciudad, tal vez a inicios de los noventa, en la cual, tras escuchar largos argumentos en contra de los talleres, David Toscana zanjó la discusión alegando que él transitaba todas las tardes por la avenida Constitución cuando volvía a casa del trabajo y siempre veía juegos de fútbol amateur en todas las canchas del río Santa Catarina. Comparó los talleres literarios con esas ligas de principiantes y aseguró que nunca había escuchado que los futbolistas profesionales se opusieran o se quejaban de su existencia, mucho menos con la envidia con la que lo hacían algunos escritores. Aseguró que, si de las decenas de equipos que disputaban el balón en el lecho del río emergiera por lo menos un jugador que llegara a primera división, la existencia de esas ligas y de esas canchas estaría justificada. ¿No sería lo mismo si de los talleres literarios del país surgiera un novelista o poeta de primer nivel? Según recuerdo, los demás participantes en la mesa no pudieron refutarlo y permanecieron en silencio.

Había otros argumentos en defensa de los talleres. Uno de ellos, acaso el más convincente, era que, si de un taller no brotaba ningún narrador o poeta o ensayista de primer nivel, por lo menos saldrían de él varios lectores expertos, lo que también redundaría en beneficio de la literatura mexicana. Esta idea, la de que los talleres, si no consiguen enseñar a escribir a los participantes, por lo menos los enseñarán a leer de modo distinto, con conocimiento de las técnicas y de las estructuras, debe su atractivo a que resulta plausible. Hay talleres en los que dos o tres participantes jamás someten textos a la crítica colectiva, pero sí comentan los de los demás, y muchas veces son los que lo hacen mejor; es decir, destacan por ser los mejores lectores del grupo, optimizan la profundidad de su lectura y la precisión de sus argumentos críticos conforme transcurren las sesiones.

¿Y qué es un escritor de primer orden? ¿Y cuántos de ellos han salido de los talleres literarios? Para no enredarnos en demasiados sofismas, habría que decir que un escritor de primer orden es alguien con verdadero talento, de esos cuya obra se vuelve referente en su generación, en su país o en su lengua. Y en vez de preguntar cuántos de ellos han emergido

de los talleres literarios, habría que preguntarse ¿cuántos “moldearon su talento” a través ellos? Porque en un taller no “se fabrican” escritores, tan solo se moldean, se forman. Hay que recordar el antiguo refrán español: *Lo que natura non da, Salamanca non presta.*

Ese atributo intangible, difícil de describir y de definir, que es lo que llamamos talento, no crece en las macetas y tampoco, por desgracia, en los talleres literarios. La mayoría de quienes lo poseen, lo traen de nacimiento y comenzaron a cultivarlo, casi siempre en forma inconsciente, desde la infancia. ¿En qué consiste? En la capacidad de observación y asimilación, en el buen oído y sentido del ritmo, en una pasión por las palabras que por lo regular empieza a manifestarse en el hogar o en la escuela primaria, en la facilidad para conectar la mente con el mundo de alrededor e interpretarlo y abstraerlo, en una imaginación desbordada a la que hay que educar, en muchas otras cosas más. No menciono ni el tesón ni la disciplina, porque aunque también resultan necesarias para un escritor, pertenecen a otro orden de ideas, a virtudes que no tienen que ver con el talento.

¿Si alguien que no cuenta con talento, o con ninguna de las características mencionadas, se presenta en un taller lite-

rario, está destinado al fracaso? De ninguna manera. Si un aspirante así cuenta con un interés verdadero y comienza a asistir a un taller, al elevar su nivel de lectura y crítica podrá aplicar los conocimientos adquiridos en sus propias creaciones y en muchos casos llegará a ser un escritor o escritora, publicará y sus obras serán leídas por los lectores. La mayor parte de los libros que se exhiben en las mesas de novedades, incluso muchos de los llamados *best-selles*, han sido creados por escritores como ellos. Escritores decentes, que cumplen. No son de primer orden, pero sí poetas, ensayistas, dramaturgos y narradores solventes, diestros, con dominio del lenguaje y conocimiento de técnicas, procedimientos literarios y estructuras simples o complejas. En una palabra, buenos. Así como de las canchas de fútbol amateur salen algunos buenos jugadores que llegan a la liga nacional, pero es más difícil que en ellas nazca un Hugo Sánchez, un Maradona, un Pelé o un Messi.

Lo que se enseña en un buen taller literario, por lo regular, es lo que muchos escritores del pasado anterior a la era de los talleres aprendieron por sí mismos, si bien de manera más lenta y ardua, a través de sus lecturas: las cuestiones técnicas del oficio. Cómo iniciar y cómo concluir un texto, la

configuración de personajes, la creación de atmósferas, el establecimiento de la tensión, la apreciación del ritmo de las palabras y las frases, los juegos temporales, la fluidez del lenguaje, los usos de los diferentes narradores, los puntos de vista, la localización, las lecturas que sirven de apoyo a lo que se está escribiendo y un largo etcétera, con lo que los participantes –talentosos o no– serán capaces de perfeccionar textos narrativos, poéticos o ensayísticos publicables e incluso aplaudibles. Lo que no es poco. Es decir, un taller de esta índole suele acortar el camino hacia la creación literaria, lo demás es responsabilidad de quien escribe.

Hay otros aspectos de la creación de los que la mayoría de los coordinadores de talleres no se ocupan, pero que no dejan de ser importantes. Hace pocos meses apareció un libro del escritor radicado en Saltillo Julián Herbert, que contiene once ensayos sobre el oficio literario. Su título es *Suerte de principiante*, y fue publicado por la editorial Gris Tormenta. Herbert, uno de los escasos escritores completos de este país –escribe poesía, cuento, novela, ensayo, canciones, teatro, guion de cine, y además es vocalista de una banda de rock– aborda en él cuestiones que ha tratado en sus propios talleres y que por lo común no se abordan: el modo

de relacionarse o pensar el mundo y la realidad, los temas fundamentales de la literatura y cómo se repiten en cada generación, las preguntas que un creador se formula al escribir, las paranoias que disparan o afectan la creación, la percepción dual de las cosas, el resentimiento y la mala leche como motores de la escritura, la ideología que ayuda o estorba, el sentido de los grupos y las tertulias, el aislamiento de ciertos creadores y el surgimiento de las vocaciones. Vale la pena leerlo porque, más que técnicas y procedimientos, el volumen contiene reflexiones sobre aspectos del oficio que todo escritor debería pensar, y casi nunca lo hace.

Tal vez la principal misión de un coordinador de taller literario sería, además de enseñar lo que se ha mencionado, tratar de detectar, entre los aspirantes a escritores de su grupo, si hay alguno que posea verdadero talento, moldearlo –sin que los demás noten su preferencia–, encauzarlo, darle un empujón y echarlo a volar con sus propias alas. En mi experiencia de casi treinta años impartiendo talleres literarios, he tenido a varios participantes así, y ha sido una gran satisfacción verlos ganar premios importantes, leer sus libros publicados y encontrar su lugar en la llamada República de las Letras, ámbito donde suele ser tan difícil encontrar sitio.